



## Los ojos verdes

de Gustavo Adolfo Bécquer

Leyenda adaptada al nivel B1 del Marco Europeo de las Lenguas

por un grupo de alumnos y profesores del IES Lucía de Medrano de Salamanca

En el Proyecto Erasmus+

“Competencia Plurilingüe y Multicultural en la Era Digital” 2017/2020

Hace mucho tiempo que deseaba escribir cualquier cosa con este título.

Hoy, que se me ha presentado ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado volar la pluma a su voluntad.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. No los podré describir tal como ellos eran, luminosos, transparentes, como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano. De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para que comprendan este boceto<sup>1</sup> de un cuadro que pintaré algún día.

### Parte - I -

-Herido va el ciervo..., herido va; no hay duda. Se ve la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos arbustos le han fallado las patas... Nuestro joven señor, Fernando de Argensola, primogénito de los marqueses de Almenar, ya es un magnífico cazador... En cuarenta años de Montero<sup>2</sup> no he visto mejor disparo... Pero, ¡por San Saturio, patrón de Soria!, cortadle el paso por esos árboles, azuzad<sup>3</sup> los perros, soplad con fuerza las trompas<sup>4</sup> y espolead<sup>5</sup> los caballos; ¿no veis que se dirige hacia la Fuente de los Álamos, y si entra en ese camino antes de morir podemos darle por perdido?

Un grupo de hombres, caballos y perros se dirigió al lugar que Íñigo, el Montero de los marqueses de Almenar, señaló como el más adecuado para cortarle el paso al animal.

Pero todo fue inútil. Cuando el más ágil de los perros llegó agotado a ese lugar, ya el ciervo, rápido como una flecha, se perdía entre los matorrales de un camino que conducía a la Fuente de los Álamos.

-¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! -gritó Íñigo entonces-. Estaba de Dios<sup>6</sup> que tenía que marcharse.

Y el desfile se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los perros, entre quejidos, dejaron la pista obedeciendo a los cazadores.



<sup>1</sup>Boceto.- Proyecto, esquema previo a la ejecución de una obra. Croquis, esbozo.

<sup>2</sup>Montero.- Empleado de palacio encargado de servir al Rey -o a sus nobles- en el monte, organizando las cacerías.

<sup>3</sup>Azuzar.- Dar ánimos a los perros para que persigan a sus presas.

<sup>4</sup>Trompa.- Instrumento musical de viento, consistente en un tubo de latón enroscado circularmente que va ensanchándose.

<sup>5</sup>Espolear.- Picar con la espuela al caballo para que ande más rápido.

<sup>6</sup>Estar de Dios algo.- locución verbal. Dependier de un poder superior, y por lo tanto, ser inevitable.

*Los ojos verdes* Gustavo Adolfo Bécquer

En aquel momento se unía al grupo el héroe de la cacería, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

-¿Qué haces? -exclamó, dirigiéndose a su Montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en su rostro, ya ardía la cólera en sus ojos-. ¿Qué haces, imbécil? ¿Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque!? ¿Crees acaso que he venido a matar ciervos para que se los coman los lobos?

-Señor -murmuró Íñigo para sí mismo-, es imposible pasar de este punto.

-¡Imposible! ¿Y por qué?

-Porque ese camino -prosiguió el Montero- conduce a la Fuente de los Álamos; la Fuente de los Álamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que agita su corriente paga caro su atrevimiento. Ya el ciervo habrá llegado a su orilla; ¿cómo entraréis vos<sup>7</sup> allí sin atraer sobre vuestra cabeza alguna desgracia horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo<sup>8</sup>, pero reyes que a cambio tienen una obligación: pieza que se refugia en esa Fuente misteriosa, es pieza perdida.

-¡Pieza perdida! Primero perderé yo el Señorío de mis padres<sup>9</sup>, y primero perderé el ánima en manos de Satanás<sup>10</sup> que permitir que se me escape ese ciervo, el único que han herido mis flechas... ¿Lo ves?... ¿Lo ves?... Aún se distingue su rastro desde aquí..., las patas le fallan, su carrera se acorta; déjame..., déjame...; suelta ese freno o te revuelco en el polvo... ¿Quién sabe si no lo capturaré antes de que llegue a la Fuente? Y si llegase, al diablo la Fuente, su claridad y sus habitantes. ¡Sus<sup>11</sup>! ¡Relámpago! ¡Sus, caballo mío! Si lo alcanzas, te adornaré con los diamantes de mi anillo.

Caballo y jinete partieron como un huracán.

Íñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron entre los árboles; después miró a su alrededor; todos, como él, permanecieron inmóviles y tristes.

El Montero exclamó al fin:

-Señores, vosotros lo habéis visto, me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí adelante, haría falta la protección del capellán<sup>12</sup>.

**Parte - II -**

-Estáis pálido; andáis abatido y apenado; ¿qué os sucede? Desde el día funesto<sup>13</sup> en que llegasteis a la Fuente de los Álamos persiguiendo el ciervo herido, diríase que una mala bruja os ha encanijado<sup>14</sup> con sus hechizos.

<sup>7</sup>**Entraréis vos.**- El Montero trata a su señor de “vos”: se dirige a él en segunda persona del plural. Tratamiento destinado a los nobles.

<sup>8</sup>**El Moncayo.**- Montaña imponente de unos 2.300 metros de altitud, situada cerca de Soria. Ha sido considerada mágica y sagrada desde tiempos prehistóricos.

<sup>9</sup>**Señorío de mis padres.**- Tierras y privilegios que corresponden a un señor, es decir a un noble. El marquesado de sus padres.

<sup>10</sup>**Satanás.**- Príncipe de los demonios en la tradición judeocristiana.

<sup>11</sup>**¡Sus!**- Interjección para animar al caballo a perseguir la presa con rapidez.

<sup>12</sup>**La protección del capellán.**- El Montero quiere decir que a partir de ese punto no hay un peligro natural; sino un peligro sobrenatural –diabólico-. Por eso no hace falta valentía para pasar, sino protección espiritual.

<sup>13</sup>**Funesto.**- Triste y desgraciado.

<sup>14</sup>**Encanijar.**- Poner flaco y enfermizo.

*Los ojos verdes* Gustavo Adolfo Bécquer

Ya no vais a los montes precedido de la ruidosa jauría de perros, ni del clamor de las trompas de caza. Solo con esos pensamientos que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta<sup>15</sup> para internaros en el bosque y permanecer en él hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo, sin suerte busco en vuestra bandolera<sup>16</sup> las piezas de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Íñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano<sup>17</sup> con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja sobre la brillante madera, el joven exclamó dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

-Íñigo, tú que eres viejo; tú que conoces todos los rincones del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras y en tus excursiones de cazador subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado por azar una mujer que vive entre sus rocas?

-¡Una mujer! -exclamó el montero con asombro y mirándole fijamente.

-Sí -dijo el joven-; es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero ya no es posible; rebosa en mi corazón y asoma a mi rostro. Voy, pues, a revelártelo... Tú me ayudarás a iluminar el misterio que envuelve a esa criatura, que, al parecer, solo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El Montero, sin despegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarlo junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Este, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

-Desde el día en que, a pesar de tus siniestras predicciones, llegué a la Fuente de los Álamos y, atravesando sus aguas, recobré el ciervo que vuestra superstición<sup>18</sup> hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.



Tú no conoces aquel sitio. Mira, la fuente nace escondida de una roca y cae resbalándose gota a gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Las gotas brillan como puntos de oro y suenan como notas musicales, y susurrando, con un ruido semejante al de las abejas en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre la piedra a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas mueve el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La soledad con sus mil rumores desconocidos vive en aquellos lugares y embriega el espíritu de melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua parece que nos hablan los invisibles espíritus de la Naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

<sup>15</sup>**Ballesta.**-Arma antigua que dispara flechas y proyectiles impulsados por la combinación de un muelle en forma de arco y una cuerda.

<sup>16</sup>**Bandolera.**-Bolso sujeto por una correa que cruza el pecho.

<sup>17</sup>**Ébano.**- Madera oscura muy preciada. El noble está tan distraído que no se da cuenta de que está destrozando un valioso mueble.

<sup>18</sup>**Superstición.**- Creencia que no se basa en razones probadas o científicas, sino en mitos y en creencias mágicas.

*Los ojos verdes* Gustavo Adolfo Bécquer

Cuando, al comenzar la mañana, me veías tomar la ballesta y dirigirme al monte, no era nunca para perderme entre sus matorrales siguiendo la caza, no; iba a sentarme al borde de la Fuente, a buscar en sus ondas... no sé qué, ¡una locura! El día en que salté sobre ella con mi caballo *Relámpago* creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña..., muy extraña...: los ojos de una mujer.

Tal vez sería un rayo de sol que se reflejó entre las aguas; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas y parecen esmeraldas..., no sé; yo creí ver una mirada que se clavó en la mía; una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos.

En su busca fui un día y otro a aquel sitio.

Por último, una tarde..., yo me creí juguete de un sueño...; pero no, es verdad; la he hablado ya muchas veces, como te hablo a ti ahora...; una tarde encontré sentada en mi puesto, y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre ellas, una mujer hermosa sobre toda alabanza. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto..., sí, porque los ojos de aquella mujer eran de un color imposible; unos ojos...

-¡Verdes! -exclamó Íñigo con un acento de profundo terror, e incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miró a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

-¿La conoces?

-¡Oh no! -dijo el Montero-. ¡Líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, demonio o mujer que habita en sus aguas, tiene los ojos de ese color. Yo os ordeno, por lo que más améis en la tierra, a no volver a la Fuente de los Álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza, y muriendo, pagaréis el delito de haber removido sus ondas.

-¡Por lo que más amo!... -murmuró el joven con una triste sonrisa.

-Sí -prosiguió el anciano-: por vuestros padres, por vuestros familiares, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor que os ha visto nacer...

-¿Sabes tú lo que más amo en este mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dio la vida, y todo el cariño que puedan atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¡Cómo podré yo dejar de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Íñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con voz sombría:

-¡Cúmplase la voluntad del cielo!

**Parte - III -**

-¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el caballo que te trae a estos lugares, ni a los servidores que conducen tu carruaje. Rompe de una vez el misterio en que te envuelves. Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol se había escondido tras la cumbre de la montaña; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa sonaba entre los álamos de la Fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de sus orillas.



*Los ojos verdes* Gustavo Adolfo Bécquer

Junto a las aguas, sobre una de estas rocas, el primogénito de Almenar, de rodillas a los pies de la bella misteriosa, procuraba sin éxito arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro<sup>19</sup>. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se movieron como para pronunciar algunas palabras; pero sólo exhalaban un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera brisa entre los juncos.

-¡No me respondes! -exclamó Fernando- ¿Querrás que crea lo que me han dicho de ti? ¡Oh! No... Háblame; yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

-O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven dudó un instante; un sudor frío corrió por todo su cuerpo; sus pupilas se agrandaron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y, fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebatado de amor:

-Si lo fueses..., te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

-Fernando -dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música-, yo te amo más aún que tú me amas. Yo, que descendo hasta un mortal, siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas; incorpórea<sup>20</sup> como ellas, fugaz y transparente, hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues. Yo no castigo al que se atreve a turbar la Fuente donde vivo; antes le premio con mi amor, como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo<sup>21</sup>, como a un amante capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven, absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por un imán<sup>22</sup>, se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

-¿Ves, ves el limpio fondo de ese lago, ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán una cama de esmeraldas y corales... Y yo... Te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven; la niebla del lago flota sobre nuestras frentes; las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles; el viento canta entre los álamos sus himnos de amor; ven..., ven...

La noche empezaba a extender sus sombras; la luna brillaba en la superficie del lago; la niebla se movía al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos<sup>23</sup> que corren sobre la superficie de las aguas infectas... Ven..., ven... Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un encantamiento.



<sup>19</sup> **Alabastro**- Piedra dura, blanca y traslúcida, variedad del mármol.

<sup>20</sup> **Incorpórea**- Sin cuerpo.

<sup>21</sup> **Vulgo**- Gente inculta, vulgar.

<sup>22</sup> **Imán**- Mineral que atrae al hierro, acero, etc., aquí, metafóricamente.

<sup>23</sup> **Fuegos fatuos**-Llamas pequeñas que se forman en los pantanos o en las lagunas de agua estancada por inflamación de sustancias orgánicas que se descomponen.

*Los ojos verdes* Gustavo Adolfo Bécquer

Ven... Y la mujer misteriosa le llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso...

Fernando dio un paso hacia ella...; otro..., y sintió unos brazos delgados y flexibles que se anudaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve..., y vaciló..., y perdió pie, y cayó al agua con un rumor sordo y mortal.

Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose hasta morir en las orillas.

